

WARHAMMER
40,000

SPACE MARINE BATTLES™

LA
BATAJLA
DEL
COLMILLO

CHRIS WRAIGHT



timunmas

The logo features the text 'WARHAMMER' in a bold, serif font on a dark banner, with '40,000' in a smaller font below it. This is set within a decorative, ornate frame that includes a central emblem of a Space Marine's helmet. Below the banner, the words 'SPACE MARINE BATTLES' are written in a smaller, spaced-out serif font.

WARHAMMER
40,000

SPACE MARINE BATTLES™

LA BATALLA DEL COLMILLO

Chris Wraight

timunmas

Título original: *Battle of the Fang*
Traducción: Enrique Sala Ledesma,
Traducciones Imposibles

Ilustración de cubierta: Jon Sullivan
Ilustración de interior: John Blanche
Mapas: Chris Wraight y Adrian Wood

Battle of the Fang, La batalla del Colmillo, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2011
por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2011, 2012

© De la traducción Games Workshop Limited. 2012. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2012, 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0374-9
Preimpresión: gama sl
Depósito legal: B. 10.865-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



CAPÍTULO UNO

Greyloc se agachó, manteniéndose en contra del viento y dejando que sus dedos desnudos se hundieran en la nieve compacta. Frente a él, la planicie se extendía hacia el norte teñida de blanco y rodeada de gigantescos picos en la lejanía.

Olisqueó, inhalando el aire gélido. La presa había percibido algo; el viento portaba el olor del miedo. Se puso alerta, sintiendo como sus músculos se tensaban. Sus pupilas afiladas se dilataron ligeramente, perdidas en el blanco del iris.

«Aún no.»

Frente a él, a varios cientos de metros de distancia, la manada se acurrucaba protegiéndose del viento, avanzando nerviosamente a pesar de su gran tamaño. Los konungur son una raza extraña. Todo en Fenris estaba diseñado para aferrarse a la supervivencia, y aquellas criaturas no eran una excepción. Cuatro pulmones para extraer hasta la última molécula de oxígeno del gélido aire de Asaheim, enormes cajas torácicas de hueso a medio soldar, patas traseras del grosor de la cintura de un hombre, dos cuernos curvos y una espina dorsal crestada. La coxa de un konungur sería suficiente para arrancarle la cabeza a un hombre.

Greyloc permaneció en tensión, contemplando como las criaturas avanzaban sobre la planicie. Calculó la distancia, aún agachado en contra del viento. No tenía ninguna arma entre las manos.

«Yo soy el arma.»

Tampoco llevaba armadura, y los nódulos metalizados del caparazón

rozaban contra el cuero de su chaleco. Tenía la boca cerrada, y sólo un fino hilo de vapor emanaba de sus orificios nasales. Asaheim era tremendamente frío, incluso para alguien con fisiología potenciada, y albergaba mil y una maneras de matar.

Los konungur se detuvieron. El toro que encabezaba la manada se paró en seco, elevando su perfil majestuoso sobre la capa blanca que se extendía a su alrededor.

«Ahora.»

Greyloc salió de su parapeto. Sus piernas se tensaron como un resorte, dejando tras de sí nubes de nieve pulverizada. Sus orificios nasales se abrieron de par en par, lanzando bocanadas de aire al interior de su torso recio y musculoso.

Los konungur reaccionaron al instante, huyendo del depredador que se abalanzaba sobre ellos. Greyloc se acercaba rápidamente, sus muslos ardían con el esfuerzo. Su segundo corazón entró en acción, inundando de adrenalina el torrente sanguíneo. No tenía miod; había ayunado durante días y purgado de su cuerpo el estimulante de combate.

«Mi estado de perfección.»

Los konungur galopaban enfebrecidos, saltando sobre las irregularidades desgastadas por el viento, pero Greyloc era más rápido. La melena blanca ondeaba sobre sus hombros. Pronto dio alcance al más lento, consiguiendo que se separara de la manada, alimentando su pánico. El grupo rompió la formación, huyendo frenéticamente del cazador.

Greyloc posó la vista sobre el toro. La bestia medía dos metros desde el suelo hasta la cruz, más de cuatro toneladas de músculo moviéndose a toda velocidad. Se abalanzó sobre él, sintiendo como sus piernas se desgarraban por el esfuerzo. El terror de la bestia inundó de lleno sus orificios nasales, avivando la sed de sangre que se había apoderado de todos sus sistemas vitales.

La bestia cambió de dirección, tratando de librarse de él. Greyloc saltó, agarrando a la criatura con su mano descomunal y forcejeando con ella. El toro se resistió, trató de zafarse y comenzó a dar coces y bramidos desesperados.

Greyloc preparó el puño que tenía libre y lanzó un golpe directamente hacia el cráneo del konungur. Pudo oír como el hueso se resquebrajaba y la criatura comenzaba a tambalearse. El cazador hendió las garras en la

carne, dura como el hielo, y desgarró los tendones haciendo que la bestia se desplomara.

El konungur emitió un alarido, derrumbándose en medio de una lluvia de golpes. Greyloc reveló sus colmillos y hundió el rostro en la garganta de la criatura. Soltó una dentellada, dos, retorciéndose como un perro. Sorbió la sangre cálida, sintiendo como le empapaba los colmillos y deleitándose en el placer de la muerte. El cuerpo que tenía debajo comenzó a sufrir espasmos, dio una última sacudida, y después quedó inmóvil.

Greyloc apartó la cabeza inerte de la criatura y levantó la suya propia.
¡Hjolda!

Sin dejar de jadear por el esfuerzo de la persecución, Vaer Greyloc emitió un rugido de victoria que se perdió en el aire helado, escupiendo pelo y coágulos de sangre. El resto de la manada ya estaba muy lejos, galopando sobre el hielo hacia la cima de una colina.

¡Fenrys hjolda!

El eco de aquel grito se extendió por la llanura, Greyloc bajó la mirada y esbozó una sonrisa. Las endorfinas ardían furiosamente en su torrente sanguíneo y sus corazones latían en un frenesí unánime.

«Mi estado de perfección.»

El cadáver comenzó a humear conforme la sangre brotaba del costado. Greyloc arrancó un miembro con las manos desnudas, sintiendo como los tendones cálidos y húmedos se desgarraban. Ignoró los ojos vidriosos del toro, ahora vacíos y enfriándose por momentos. Continuó desgarrándole la carne y regodeándose en ella, recuperando la energía consumida durante la caza. La carne de konungur era vigorizante, suficiente como para satisfacer las necesidades del cuerpo descomunal de su asesino.

No fue hasta entonces cuando Greyloc vio que la nieve se agitaba en la lejanía. Levantó la vista de su festín, con la sangre goteándole todavía por la barbilla. Algo se aproximaba.

Gruñó con desagrado y se puso en pie. La bestia que habitaba en su interior aún permanecía alerta, excitada por el placer de la caza. En la distancia, negra sobre el cielo blanquecino, se aproximaba una aeronave. Avanzaba a gran velocidad, sobrevolando la planicie y descendiendo de forma abrupta.

Greyloc se limpió la dentadura, lo que no hizo sino extender la sangre

por su cabellera blanca. Cada tendón de su cuerpo seguía en tensión, cada folículo continuaba erecto. Lanzó un gruñido de frustración.

Más valía que fuera por una buena razón.

La aeronave, achatada y de perfil redondeado, se aproximó bordeando las ondulaciones del terreno. Era una cañonera skarr de cuatro tripulantes, con la plataforma de mando descubierta y dos bólteres acoplados bajo las alas. Una única figura permanecía en pie en la cubierta, con las manos extendidas y la cabellera pelirroja ondeando al son de las turbulencias del descenso.

—¡Jar! —gritó el recién llegado alzando la voz sobre el estruendo de los motores cuando la aeronave se detuvo a un metro del suelo. Los motores abrieron enormes surcos en la nieve, derritiéndola y convirtiéndola en una pasta blanquecina.

—Tromm —gruñó Greyloc sin preocuparse por disimular su rabia. Aún estaba excitado.

El guardián del lobo Tromm Rossek vestía la armadura de batalla. Tenía un aspecto tan descomunal y enérgico como siempre, y había algo de alegría en sus ojos.

—¡Traigo noticias de Kjarlskar! ¡Ironhelm te reclama!

Greyloc escupió una mezcla de sangre y saliva sobre la nieve.

—¿Ahora?

Rossek se encogió de hombros, tratando de mantener el equilibrio sobre la plataforma de la aeronave.

—Eso es lo que ha dicho.

Greyloc negó con la cabeza y lanzó una mirada triste hacia el cadáver descuartizado del konungur. El placer de la caza fue sustituido por el dolor gris de la frustración. Con mucha dificultad, consiguió deshacerse de su estado de cazador. Sintió como el vello de los antebrazos se relajaba mientras tomaba carrerilla para saltar a la plataforma de la aeronave.

—¿Buena caza? —preguntó Rossek, esbozando una sonrisa que se apoderó de su rostro tatuado.

—Llévame al Aett —gruñó Greyloc, posándose sobre la plataforma metálica mientras los kaerls de la cabina imprimían la máxima potencia a los motores.

Lo había sido.

La cañonera avanzaba en dirección nordeste, abriéndose paso entre los innumerables picos. La meseta de Asaheim estaba a gran altura, a miles de metros, e incluso en las llanuras donde habitaba la caza la falta de aire obligaba a los mortales a usar respiradores. Frente a la aeronave, las montañas se apilaban unas sobre otras, gigantescos bloques de roca helada que ascendían volviéndose más y más abruptos. Los motores aullaban conforme propulsaban la cañonera cada vez a mayor altura.

Greyloc se apoyaba indiferente sobre la barandilla. Podía sentir como la sangre que le bañaba el rostro comenzaba a cristalizarse. Estaba casi desnudo, y pronto el frío empezaría a inmovilizarle el cuerpo, sin embargo, se mantenía en el exterior dejando que el aire helado hiciera ondear su melena blanca como la muerte.

—¿Y qué es lo que lo ha hecho despertar? —preguntó por fin, recuperando el equilibrio mientras la cañonera se ladeaba cada vez más.

Rossek se encogió de hombros.

—Los jarl están en la Cámara. Tiene que ser algo importante.

Greyloc dejó escapar un gruñido y movió la cabeza. La interrupción del placer de la caza era como el despertar de los efectos de una droga. Se sentía irascible y aturdido.

Las dos figuras que ocupaban la plataforma de la cañonera eran físicamente opuestas. Rossek era corpulento y pelirrojo, tenía barba, unos miembros fuertes y un rostro adusto. Su nariz era achatada e irregular, y su cuello robusto y musculoso. Un dragón tatuado le cubría toda la mejilla izquierda hasta la sien, donde tenía seis tachuelas de metal incrustadas en el hueso. En cualquier otro capítulo eso indicaría seis siglos de servicio. Rossek no era tan viejo; simplemente le gustaban las tachuelas.

Su señor era arena de otro costal. Greyloc era delgado, fibroso, y sus músculos se aferraban con fuerza a sus huesos. El rostro del señor lobo estaba demacrado, como si hubiera sido preservado y endurecido por los vientos gélidos. Sin armadura, la rudeza de su complexión saltaba a la vista. Era un cazador, un asesino de la planicie, rápido, pálido y mortal. La camaradería salvaje de los Vlka Fenryka, los guerreros sobrehumanos de Fenris, no terminaba de encajar con él. Todos en el Aett conocían su maestría en la caza, pero no confiaban en su estirpe, como tampoco lo hacían en el color su piel. Era blanco, y sus ojos eran del color del acero.

Como un fantasma, decían. Nieve sobre nieve.

—¿Todos los demás están allí? —preguntó Greyloc, aún de pie frente al vendaval. Podía sentir como el hielo se le extendía por los antebrazos, aunque no le prestó atención.

—Hay tres Grandes Compañías que están fuera, y la de Kjarlskar está entre ellas.

Greyloc asintió. Hacía tiempo que Ironhelm había destinado el grueso de sus tropas en Fenris, y las innumerables expediciones para dar caza a su viejo adversario parecían haber quedado en punto muerto. El empeño del señor lobo por encontrar a Magnus se había convertido en una obsesión, una obsesión contra la que Greyloc ya había levantado la voz en otras ocasiones. Había miles de enemigos a los que dar caza, y muchos de ellos preferirían dar la cara y luchar antes que desaparecer en el vacío cuando el cerco se estrechara.

—En ese caso, veremos de qué se trata —dijo Greyloc, contemplando las montañas que se aproximaban.

Los gigantescos precipicios estaban cada vez más cerca. Un único pico, más grande de lo que la imaginación podía concebir, desgarraba el horizonte. Era como si el núcleo de Fenris hubiera sido arrancado de las entrañas del planeta y convertido en una cima imponente que se elevaba sobre el cielo del crepúsculo. Sus flancos eran paredes abruptas cubiertas por un hielo reluciente y ancestral. Varias cimas más pequeñas dominaban el paisaje en todas direcciones, apiñándose en un horizonte resquebrajado que se extendía a la sombra de la Gran Montaña, el Hombro del Padre de Todas las Cosas; el *volda hamarrki*, el Espinazo del Mundo.

Sobre la oscuridad creciente de aquella atmósfera menguante refulgían tímidas luces que brillaban en la cima. Éstas señalaban la morada de los Guerreros del Cielo, el hogar de los semidioses, aunque solamente ocupaban una pequeña parte de aquel descomunal pico. Los habitantes de aquel lugar, ya fueran kaerls o marines espaciales, se referían a él como Aett.

Para los demás habitantes de la galaxia, fascinados por las leyendas sobre la Fortaleza de Russ, era simplemente el Colmillo.

Greyloc contempló impasible como las luces se aproximaban. Había más aeronaves que se dirigían hacia la cima, al menos tres de ellas. Ironhelm había llamado a todas sus tropas.

—Puede que por fin se haya dado por vencido —dijo Greyloc, viendo

como las luces parpadeantes de la plataforma de aterrizaje estaban cada vez más cerca—. ¿Acaso sería pedir demasiado?

—¡Hojadragón! Basta ya de escisiones.

Odain Sturmhjart irrumpió en el laboratorio apartando enérgicamente a los sirvientes de los creadores de carne. El sacerdote rúnico, enfundado en su armadura repleta de sellos, quitó de su camino a todos los lacayos mientras las ondas de fuerza sobrante golpeaban contra el suelo de piedra.

Thar Ariak Hraldir, portador de la Hoja del Dragón a la que debía su nombre, levantó la vista. La luz tenue hizo que sus ojos brillaran como vasijas repletas de ámbar. El sacerdote lobo estaba encolerizado, frunciendo el ceño de su rostro ajado e irregular. Un par de colmillos curvos aparecieron detrás de sus labios mientras resoplaba estruendosamente. Poco a poco, abandonando la postura encorvada en la que había permanecido durante tanto tiempo, Hojadragón se irguió.

—Agitahuesos... —fue la escueta respuesta—. Éste no es precisamente el mejor momento.

Frente a él, varios frascos que contenían un fluido translúcido estaban dispuestos en fila sobre una mesa de metal. Cada uno de ellos estaba marcado con una única runa. Algunos eran independientes, otros estaban conectados entre sí mediante microfilamentos o enlazados a través de hebras de fibra plástica conductiva.

Hojadragón hizo un gesto con el dedo y las luces de la cámara se encendieron. El resplandor iluminó una serie estancias recubiertas de baldosas blancas y asépticas, conectadas entre sí como las salas de una madriguera. Las compuertas de las cámaras interiores se cerraron ocultando lo que había detrás de ellas. Antes de que se sellaran, durante un instante pudieron verse diversos aparatos funcionando en torno a varios centrifugadores, algunos monitores que mostraban hileras de runas y varios tanques del tamaño de un hombre que contenían un líquido translúcido. Había unas sombras oscuras flotando en el interior de aquellos recipientes, inertes y silenciosas.

—Eso díselo al trasero metálico —dijo Sturmhjart mientras sus mejillas rubicundas se hinchaban de satisfacción—. Estaría dispuesto a arrancarte la piel sólo para encontrar lo que anda buscando. He venido para evitarte ese mal trago.

El sacerdote rúnico mostraba la complexión característica de todo Adeptus Astartes: robusto, musculoso, corpulento y fornido. Tenía un circuito de implantes augméticos que le cubría el ojo izquierdo y una barba enmarañada, grisácea y endurecida por la edad. Varios talismanes de hueso colgaban en unas cadenas del peto de su armadura, dispuestos cuidadosamente para canalizar la energía. El diseño de las runas que decoraban la armadura podría parecer aleatorio, aunque en realidad era todo lo contrario; cada una de aquellas incisiones tenía detrás días de adivinaciones y augurios. Su alegría también podía dar lugar a engaño; Sturmhart era el alto sacerdote rúnico del capítulo, y poseía un poder de una magnitud indescriptible.

—En ese caso que venga y lo intente —murmuró Hojadragón, lanzando una última mirada a los frascos que tenía ante él. Mientras caminaba junto a la mesa, un armario repleto de instrumental metálico se cerró produciendo un chasquido—. Puede que así recordara quién lo sacó del hielo y quién le hizo sus primeras cicatrices.

El sacerdote lobo se movía despacio y en silencio, arrastrando su cuerpo con habilidad consumada. Era viejo, y los siglos pesaban sobre sus rasgos demacrados. Un pelo negro y enmarañado rodeaba su rostro afilado, y los tatuajes que lucía se habían vuelto parduscos con el paso de los años. Su piel parecía de rococemento, ajada y maltratada tras más de quinientos años de combates. Aunque era anciano, sus ojos aún mostraban entusiasmo y sus músculos conservaban su fuerza. Su armadura era negra como su cabellera, decorada con huesos ancestrales y repleta de hendiduras, arañazos y quemaduras de plasma. Cada uno de sus movimientos desprendía un poder profundo y ancestral probado y templado en las llamas de la guerra.

Dos sacerdotes. Tan diferentes, tan parecidos.

Sturmhart lanzó una mirada escéptica a los frascos que había sobre la mesa.

—¿Algún avance?

—Nunca has comprendido la importancia de todo esto. No conseguí convencerte hace una década y no voy a hacerlo ahora, que eres más viejo y más estúpido.

Sturmhart soltó una carcajada, que retumbó en su pecho como si fuera el bramido de un kraken.

—Más viejo sí, aunque hay muchas maneras de ser estúpido.

—Y parece que tú las conoces todas.

Los dos sacerdotes salieron del laboratorio. Mientras avanzaban hacia el corredor, iluminado únicamente por las antorchas que colgaban de la roca desnuda, los lacayos del creador de carne se apartaron respetuosamente e inclinaron la cabeza.

—No sé durante cuánto tiempo tolerará Ironhelm esta investigación —dijo Sturmhart—. Hace más de un año que no sales de este mundo.

—La tolerará hasta que haya terminado. —Hojadragón dirigió una mirada adusta y severa al sacerdote rúnico—. Y tú también lo harás, este trabajo es esencial.

Sturmhart se encogió de hombros.

—No te inmiscuyas en el wyrd, hermano —dijo—. Ya te lo he advertido. Si el destino lo hubiera deseado, ya habría concluido hace tiempo.

Hojadragón emitió un gruñido y el vello de sus antebrazos se erizó. En lo más profundo de su ser sintió como su espíritu animal afloraba a la superficie. Si Sturmhart también se percató, al menos no mostró el más mínimo indicio.

—No creas que puedes darme órdenes, hermano —respondió, parándose en seco—. No eres el único que puede ver el futuro.

Los latidos de sus dos corazones pudieron escucharse en el ambiente, aunque ninguna de las figuras se movió. Finalmente, Sturmhart se apartó.

—Viejo cabrón obstinado —murmuró, después se dio la vuelta y siguió avanzando por el corredor, moviendo la cabeza mientras se abría paso entre las antorchas.

—No lo olvides —dijo Hojadragón, siguiéndolo de cerca—. Es la razón por la que nos llevamos tan bien.

La Cámara del Anillo estaba en la parte más elevada de la cumbre del Comillo, incrustada en una veta de granito puro y muy cerca de la cima de la descomunal fortaleza. Había sido una de las primeras cámaras excavadas en la roca viva por los geomantes de Terra, llevados hasta Fenris en los tiempos de las leyendas para establecer allí la VI Legión. En aquella era, los tecnoadeptos eran capaces de allanar montañas y de erigirlas de nuevo, de tallar continentes y de aplacar la rabia de las entrañas del mundo de los muertos. Podrían haber hecho de Fenris un paraíso si así lo hubieran deseado, y fue la orden del primarca lo único que evitó que aquel planeta

viera alterado su carácter inclemente. Russ deseó que su mundo natal continuara siendo cantera de grandes guerreros, un crisol en el que se pondría a prueba su humanidad y donde serían honrados eternamente.

De este modo, únicamente una de los cientos de montañas de Asaheim fue alterada de su forma primigenia, y sus cámaras fueron excavadas por artefactos ancestrales con un poder terrible y olvidado. Ahora, el conocimiento alcanzado por aquellos artificieros desaparecidos hace tiempo se había perdido en el olvido, y jamás podría volver a erigirse una ciudadela semejante a aquella en cuanto a majestuosidad y resistencia. El Colmillo era un lugar único en todo el Imperio, resultado de un genio que se sangraba lentamente conforme la humanidad se desmoronaba y olvidaba las enseñanzas del pasado.

En el interior de la cámara, doce figuras se agrupaban en torno al Ánulo, el gigantesco círculo tallado en el suelo de la estancia con los sellos de las Grandes Compañías cincelados en bloques de roca. Ocho de ellas eran jarls, señores lobo, entre los que se encontraba la figura blanquecina de Greyloc, quien ya se había limpiado la sangre de su presa y se había enfundado la armadura. Otros señores lobo estaban fuera de aquel mundo, aunque Ironhelm había enviado mensajes astropáticos a sus flotas informándolas del descubrimiento de Kjarlskar. Junto a los jarls se encontraban los tres altos sacerdotes: Hojadragón, Sturmhart y el sacerdote de hierro Berensson Gas-sijk Rendmar, resplandeciente y enfundado en su armadura implementada.

Había otro puesto más. Éste estaba ocupado por Harek Eireik Eireiksson, Heredero de Russ y señor lobo. Con su armadura de exterminador, era una figura siniestra que se encontraba a la cabeza del consejo. Tanto su cabellera como su barba negra eran largas y exuberantes, con cabellos trenzados y entrelazados con huesos a modo de talismán. Aparte de Hojadragón, él era el guerrero más viejo de todos los presentes; llevaba tres siglos liderando el capítulo y había servido durante al menos cien años antes de eso. La sangre de sus víctimas manchaba su armadura desde hacía tanto tiempo que el gris se había oscurecido hacía años. Lo único que brillaba bajo el resplandor de las antorchas era la placa de metal que llevaba en el hemisferio derecho de su cráneo, legado del duelo sangriento que le había permitido ganarse sus implantes de acero, lo que había dado lugar a su apodo. A la luz tenue que iluminaba la cámara, Harek Ironhelm parecía tan taciturno y melancólico como el espectro de Morkai.

—Hermanos —dijo, mirando a los señores lobo de uno en uno. Su voz dejaba entrever un tono agresivo y chirriante—. La cacería debe comenzar. El jarl Arvek Hren Kjarlskar ha encontrado la guarida del Traidor, y ahora, por fin, debemos acabar con él.

Conforme hablaba, un hololito verdoso e intermitente emergió del centro del Ánulo. Mostraba un planeta girando lentamente. Varios puntos estaban marcados con símbolos de diversos cruceros de batalla, todos ellos fenrisianos. Kjarlskar había sitiado aquel mundo.

—Gangavan Prime —continuó Ironhelm, saboreando cada palabra a medida que salían de sus labios ajados—. Cualquier defensa orbital que pudiera haber existido ha sido destruida, pero los principales asentamientos están protegidos por escudos de vacío. Kjarlskar calcula que la población de la ciudad principal puede tener varias decenas de millones de habitantes.

Mientras seguía con su discurso, la voz de Ironhelm se fue animando más y más. Greyloc pudo ver la mano derecha del señor lobo, con el puño cerrado y protegida bajo el guantelete. Un ligero aroma a feromonas generadas por el ansia de la caza flotaba en el aire.

«El combate lo llama. Todo está preparado.»

—Recurriremos al Rout —anunció Ironhelm, dejando entrever sus colmillos astillados tras una fría sonrisa, como si quisiera retar a los presentes a que lo desafiaran—. Al completo. Atacaremos con toda nuestra fuerza. Esta presa requiere todo el poder de la manada.

La imagen hololítica parpadeó de nuevo, mostrando diversos puntos de aterrizaje y rutas de acceso. El objetivo principal era un enorme asentamiento urbano de varios cientos de kilómetros de diámetro situado al norte. La disposición de las luces resultaba inconfundible, y al mirarlas Greyloc sintió como los ojos le ardían. Varios gruñidos se extendieron por la cámara cuando los demás reconocieron la marca de la corrupción en aquella arquitectura.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó Morskarl, jarl de la Tercera, cuya voz quedó amortiguada por su máscara de la era de la Herejía.

—Tres semanas en la disformidad. La flota ya está preparada.

—¿Estamos seguros de que se esconde allí? —preguntó el sacerdote de hierro Rendmar con su voz extraña y metálica.

—El sacerdote rúnico de Kjarlskar lo ha confirmado. El Traidor nos está esperando, y confía en su capacidad.

—Es una invitación a que atacemos —dijo el jarl Egial Vraksson, de la Quinta, frunciendo un ceño cubierto de cicatrices y mirando fijamente el monitor—. ¿Por qué?

—El número de tropas que defienden el objetivo supera los dos millones. La zona está fortificada y cuenta con abundante armamento. Está preparando una nueva legión, hermanos. Pero hemos dado con él antes de que consiga tenerla lista.

—Una legión que no tiene flota —dijo Greyloc con tono suave.

—¿Y qué más da eso, cachorro? —lo interrumpió Ironhelm. El apelativo de «cachorro» había sido empleado por los demás jarl a modo de broma para burlarse de la relativa juventud de Greyloc, aunque en aquella ocasión hubo un tono más afilado en las palabras del señor lobo.

Greyloc miró fríamente a Ironhelm. Toda la cámara irradiaba un claro deseo de terminar aquel trabajo. Los cazadores debían dar por concluida la cacería, y se mostraban inquietos como sabuesos encadenados.

—¿Acaso cree que el Traidor no espera un ataque, señor? —dijo, manteniendo el tono de voz tranquilo y respetuoso—. ¿Cuántas pistas falsas nos ha dejado hasta el momento?

Rekki Oirreisson, jarl de la Séptima y un monstruo hirsuto de mandíbula prominente y hombros arqueados, emitió un gruñido de desagrado.

—El sacerdote rúnico ha hablado —dijo—. Magnus está ahí.

—¿Y qué si lo está? —replicó Greyloc—. A pesar de su depravación no deja de ser un primarca. Y si Russ, venerado sea su nombre, no consiguió acabar con él, ¿qué esperanza podemos albergar nosotros?

Al oír esto, Borek Salvrgrim, de la Segunda, dio un paso al frente y posó una mano sobre la empuñadura de su arma. Los gruñidos iracundos de todos los señores lobo se extendieron por la cámara.

—Jarl, será mejor que retires eso. —Decir, o incluso sugerir que la capacidad de venganza del Rout tenía límites resultaba una afirmación peligrosa.

Finalmente, Salvrgrim retiró su actitud desafiante, no sin antes lanzar hacia Greyloc una mirada oscura.

—Estamos comprometidos con esta tarea —declaró Ironhelm, mirando a Greyloc como si estuviera instruyendo a un niño—. Es una deuda de sangre. Y debe ser satisfecha.

Aquella palabra otra vez. Como todos los demás, Greyloc sabía muy

bien la importancia de lo que significaba. Los lobos eran cazadores, y no había nada más importante que poner fin a una cacería. Muchos en el Imperio pensaban en los guerreros de Russ como en verdaderos salvajes, lo que ponía en evidencia su desconocimiento de la historia de la galaxia; los lobos siempre hacían todo lo necesario para completar su tarea, fuera cual fuese. Era para lo que habían sido instruidos. No terminar una cacería era motivo de gran vergüenza, algo que torturaría sus almas para siempre hasta que la muerte fuera consumada.

—Hay otras consideraciones —dijo Hojadragón, que era demasiado anciano para ser tratado con desaprobación. Su rostro afilado y cínico levantó la mirada hacia Ironhelm—. Mi trabajo, por ejemplo.

—No deberías mencionar eso aquí —murmuró Vraksson, mirándolo fijamente—. Esto es un consejo de guerra, no una discusión sobre tu blasfemia.

Hojadragón dirigió al jarl una mirada gélida.

—Puede que a tu constitución no le vinieran mal un par de retoques, Egial.

—Ya basta —intervino Ironhelm.

Greyloc contempló detenidamente al señor lobo, fijándose en su nariz dilatada y en sus ojos brillantes. La necesidad de matar era cada vez más acuciante.

«Este consejo sólo determinará una única solución.»

—Siento una gran aflicción —continuó Ironhelm—. Lo tenemos; tenemos al Rey Carmesí. El responsable de nuestro deshonor está al alcance de nuestras manos y dudamos ante semejante oportunidad. ¡Por vergüenza, hermanos! ¿Acaso vamos a escondernos eternamente, apiñados alrededor del fuego y dejando que las hazañas de nuestros padres nos mantengan calientes?

Un murmullo de aprobación se extendió por la cámara. El espíritu de la manada había pasado de ser un deseo beligerante a convertirse en una actitud impaciente. Greyloc percibió el orgullo de las palabras de Ironhelm y permaneció en silencio. No había discusión posible ante aquel veredicto.

—Hemos reunido toda nuestra fuerza —continuó Ironhelm—. Nada en toda la galaxia puede plantarnos cara si permanecemos unidos. Kjarlskar ha dado con él, y cuando ataquemos, Gangava se desangrará bajo nuestras garras.

Una serie de sonidos guturales de aprobación salieron de la garganta de Salvrggrim, cuya bravura en la caza siempre había sido notable.

—Está decidido, hermanos —concluyó el señor lobo, levantando el puño cerrado—. ¿Acaso no lo percibís? ¿No lo sentís en la sangre? ¡Ha llegado el momento de destruir los últimos despojos de Prospero!

Los jarls prorrumpieron en un bramido descomunal, un sonido aterrador que rebotó en las paredes de roca que había a su alrededor.

Greyloc intercambió una mirada furtiva con Hojadragón, su único aliado en toda la cámara. La expresión del sacerdote, como siempre, era agria.

—¿Y quién se quedará al mando de la ciudadela, mi señor? —preguntó el viejo señor lobo, cuya demanda cayó como un cuchillo en la euforia que se había extendido a su alrededor.

Ironhelm miró a Hojadragón. Una mezcla de burla y exasperación se había apoderado de su rostro.

—Tú —espetó—. Tú y el cachorro, ya que vuestra disposición para el combate es tan débil. Pero ya está bien de discusiones. Sólo permanecerá aquí una Gran Compañía; las demás se ocuparán de la cacería.

Entonces se volvió para mirar hacia el círculo de siluetas que había alrededor del Ánulo. Una sonrisa asesina se apoderó de su rostro.

—Aquellos que me acompañen serán honrados eternamente. ¡Lo conseguiremos, hermanos! Completaremos lo que nuestro malogrado padre no pudo acometer.

Su sonrisa se convirtió en una mueca asesina que sacó a la luz sus colmillos de esmalte y metal.

—Acabaremos con el Rey Escarlata —rugió, su voz retumbaba en el peto de la armadura—, y lo haremos desaparecer de la faz del universo.